

CAPÍTULO IV.

EL LUJO EN LAS REPÚBLICAS COMERCIANTES
DE TIRO Y CARTAGO.

DEL PAPEL DE LOS FENICIOS EN LA HISTORIA DEL LUJO.

EL gran lujo de Oriente—continúa Baudrillart en su capítulo VIII del tomo I—debía tener su comercio de cambio.

Tocóle ese papel, sobre todo, á los fenicios, que se hicieron los intermediarios; al mismo tiempo, retenían ellos mismos una parte de ese lujo en una civilización dura, cruel, pero refinada.

Su comercio tomó sus elementos á las fabricaciones indígenas y á los productos de las naciones mas adelantadas por sus riquezas y sus artes. Beneficios fundados principalmente en ese comercio del lujo, hicieron nacer ciudades de una fuerza y de una opulencia prodigiosas.

Tiro y Sidón brillan en la antigüedad con ese esplendor extraordinario de las grandes ciudades del comercio, en donde afluye todo el lujo del universo, que se resume allí como en un incomparable centro.

Los primeros tipos de la grandeza marítima, como de todos los géneros de magnificencia y de vida voluptuosa y refinada, no pueden ser iguales en tiempo alguno, ni para las gloriosas repúblicas comerciantes de Italia, ni para las florecientes ciudades del Norte, cuyo negocio tan alto puso su fortuna en la Edad Media.

Grandeza que desvanece; pero en esas ciudades antiguas grandeza ficticia y frágil hasta cuando parecen descansar en fundamentos sólidos y duraderos. Fáltale el apoyo de los recursos y la energía que desarrolla el espíritu guerrero; y una marina de naturaleza pacífica no pudo en Cartago, cuando llegó el tiempo de las grandes luchas, sostener el primer choque de la marina de un pueblo más aguerrido.

La debilidad de esos grandes Estados mercantiles, cuyas numerosas colonias parece que llevan á lo lejos su fuerza, está en que pueden ser heridas en el corazón y destruidas en un día.

Esos pueblos, durante mucho tiempo valientes, y que tanto habían hecho por la civilización, debían mostrar hasta qué punto esos amontonamientos de riquezas, exclusivamente nacidas del comercio, son insuficientes para proteger la independencia del amenazado Estado y qué gérmenes de corrupción llevan en sí mismos.

Figurémonos esas ciudades en las que se concentraban las riquezas del lujo.

¡Qué población más densa, ahogándose en espacios demasiado estrechos! ¡Qué montón de casas de seis y de siete pisos! ¡Qué multitud febril de mercaderes y de marinos de nacionalidad diferente, que vienen á encontrarse en ese punto de reunión de todos los viajeros, de todas las costumbres, de todas las supersticiones, de todos los vicios y de todas las miserias!

Multitud ávida de placer como de ganancias, que por lo general vive en la calle, y no

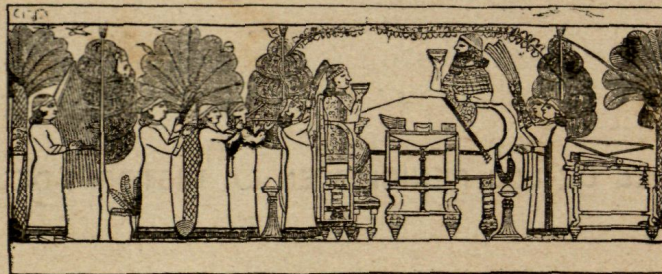


Fig. 213.—Asurbanipal-Sardanápalo y su mujer banqueteando.

parece más fija en el suelo que en ese mar que la llama á largos viajes y que la arroja á una tras otra orilla, sin más idea que la de gozar.

¿Hasta dónde no se extendía el comercio de esa famosa Tiro?

Apoyada en los recursos de su suelo y de su ingeniosa industria, sacaba de los más diversos países los productos que hacía llegar por sus caminos marítimos y por sus caravanas. La Fenicia servía de lazo entre Asia, África y Europa. El Egipto, la Grecia y la España fueron sus tributarias; ellas le debieron el origen de su prosperidad, por ese comercio vivificador, lo mismo que una parte considerable de sus objetos de lujo.

Las relaciones con los griegos se establecieron en época remota. Homero las recuerda en el libro XV de la Odisea. Relaciones extrañas de perpetuo cambio y de profunda y tenaz enemistad. Los fenicios, siempre que pudieron, se aliaron con los enemigos de Grecia. Así no debían dejar de tomar partido por Oriente contra el Occidente, representados en la lucha entre la Persia y Grecia. Para ellos fueron los griegos quienes les parecieron bárbaros.

En los comienzos de ese comercio les llevaban bagatelas brillantes, juegos para la infancia, que les vendían muy caros. Piratas atrevidos, llegaron muchas veces hasta robarles los muchachos y muchachas, que se llevaban para venderlos en los mercados de esclavos de Asia, cuando los padres no los rescataban á buen precio. Llevábanles también los inciensos y perfumes de la Arabia, que los griegos empleaban en sus sacrificios.

En su más importante comercio, en el que tuvo con España, tuvo la Fenicia la ventaja única de poner la mano en las minas del metal precioso.

Los primeros fenicios desembarcados en España hallaron en ella abundancia de plata. Los españoles la empleaban para fabricar sus utensilios. Este ejemplo fué seguido por los fenicios, que enviaron cargamentos de ese metal á su país. Poco á poco fué faltando el mineral que se encontraba á flor del suelo, y fué ya preciso recurrir á un trabajo más enérgico; empleóse, en defecto de esos procedimientos modernos de explotación destinados más tarde á aumentar la producción y aminorar el trabajo, esclavos cuya suerte fué de las mas duras.

Provisos superabundantemente de todos los productos que sirven al lujo, los fenicios dejaron á sus colonos muchos de esos objetos de recreo en cambio de productos más útiles. Lleváronse de España el hierro, el plomo, el estaño, el trigo, el vino, el aceite, el pescado salado, la lana fina, y también esos frutos exquisitos que tan hábilmente sabían confitar. De algunos puntos de la costa escogidos con habilidad, se dirigieron á otros países, en especial á las islas del Estaño y á las costas del Ambar. Las islas del Estaño eran las islas Británicas y las islas Sorlingas. La patria del ámbar es más difícil de determinar, y ese comercio mantuviéronlo secreto los navegantes, porque temían la concurrencia que se les pudiera hacer en la venta de una materia cuyo precio igualaba al del oro.

De la India Occidental y de la Etiopía sacaron el marfil, las especias finas, las maderas preciosas y diversos animales raros, como el pavo real.

Estuvieron en relación con esas comarcas designadas con el nombre general de Ophir, formadas por los ricos países meridionales de Arabia, de África y de India. El comercio se hacía en un principio por la vía terrestre. Más tarde reemplazaron éste por el comercio marítimo, para facilitar el transporte de las mercancías y para tenerlas de primera mano.

El primero de todos los pueblos por la fabricación de objetos de adorno, los fenicios se distinguían en el arte de teñir las telas preciosas. La púrpura les debe su entrada en el mundo.

Sabido es el puesto que tiene en la antigüedad. Presta su esplendor á las más altas magistraturas, de la misma manera que adorna la corrupción afeminada, y los moralistas lanzaron sus vehementes apóstrofes sobre ese precioso producto. La industria de los fenicios y la calidad superior de las conchas que cubrían sus costas, permitiéronle obtenerle en condiciones de perfección excepcional. La lana fina, que tan grande papel desempeñó en toda la antigüedad, en Occidente como en Oriente, debía compartir con el aristocrático lino el privilegio de ser teñida por la púrpura.

Otras invenciones preciosas señalan la parte tomada por los fenicios en la antigua civilización.

Se les atribuye la fabricación del vidrio, á la que se refieren desde los tiempos más antiguos trabajos de gran delicadeza. Tales fueron las copas de forma distinguida, aun cuando los metales preciosos se llevaran durante mucho tiempo la preeminencia en ese género de

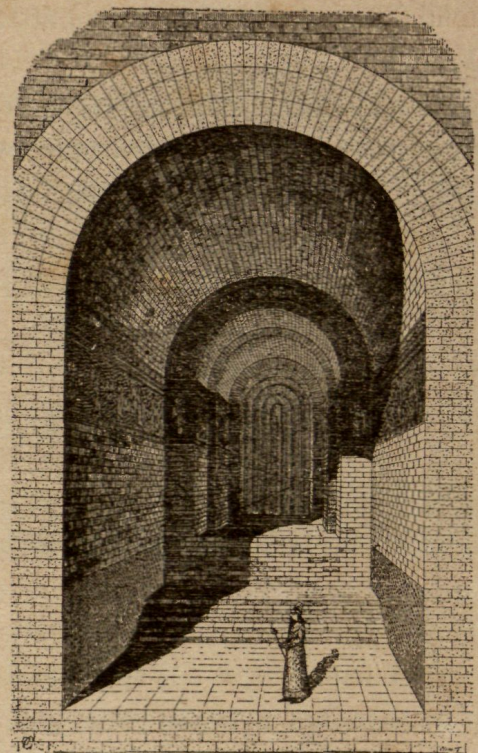


Fig. 214.—El harem asirico.

fabricación. Sidón y Sarephta se convirtieron en los primeros centros de la vidriería. Empleóse además el vidrio y el cristal, de una manera de todo punto particular, en algunas grandes ciudades de Oriente. Servíanse de él para revestir el interior de los más bellos edificios, las paredes y los techos de los aposentos.

Las artes tuvieron un cierto puesto en ese lujo, y hubo un arte fenicio. Nosotros dejamos á los viajeros, á los sabios que han podido contemplar los restos, la tarea de apreciar lo que hace referencia al arte puro.

La arquitectura ha sido caracterizada en sus rasgos generales por E. Renan, que exploró la Fenicia, de esta manera:—«Lo que distingue los monumentos de la arquitectura fenicia es su carácter de fuerza maciza é imponente, el menosprecio de lo acabado en los detalles, con tal que se llegue á producir un efecto general de fuerza y de grandeza. En fin, es el gusto del monolitismo.»

Como la arquitectura egipcia, con la que tantas relaciones tiene, esta arquitectura severa no excluye la ornamentación interior.

Aplicada al culto, se presta á las ceremonias brillantes y deja un sitio para las imágenes de los dioses.

En el santuario de Melkart, en Tiro, se veía una enorme esmeralda, cuyo brillo simbolizaba la naturaleza ígnea del dios.

Poséense numerosos ejemplares de platería y escultura, así como de glíptica de origen fenicio. Encuéntrase en ellos un arte aparte, que, sin embargo, carece de verdadera originalidad y que recuerda, sin igualarlo, las formas usadas por los asirios y los egipcios. En esas estatuas-ídolos que poblaban las casas no menos que los templos, la decoración tiene poco que ver: sólo la materia es preciosa tal cual vez; por lo ordinario es tan vil cuanto grosero es el arte. La orfebrería, tanto por la materia como por la forma, representa una industria de lujo que figura entre las riquezas de las casas opulentas.

Uno de los lujos más apreciados eran los perfumes. El comercio del incienso, esta pasión del Oriente, tan buscado en las ceremonias y fiestas, presenta particularidades curiosas que interesan también á la historia del lujo entre los árabes. El tráfico lo hacían con los fenicios, que lo compraban, lo mismo que la mirra, en las regiones de la Arabia Feliz.

«El incienso, escribe Teofrasto, la mirra y la casia vienen del país de los sabeos y de los hadramitas (Hadramut); el incienso y la mirra, de las montañas de ese país y de las islas de la vecindad. El arbusto que produce el incienso es más alto que el que produce la mirra, y entrambos son, ora silvestres, ora cultivados con cuidado. Siendo la propiedad sagrada entre los sabeos, nadie estaba empleado en cuidar tales productos. La mirra y el incienso que se cosechaban eran llevados al templo del Sol, tan venerado del pueblo árabe, en donde estaban guardados por gente armada. Cada propietario presentaba allí su parte, acompañada de una tablita que indicaba la medida y el precio. Luego venían los mercaderes y depositaban á su lado el precio de cada lote, conforme al precio marcado en la tablita. Hecho esto, venía el sacerdote, que retiraba de este dinero la tercera parte para el templo, dejando el resto para el propietario. El incienso de los arbustos jóvenes es más blanco, pero también menos oloroso; el de las plantas viejas es más amarillo, pero mas odorífero.»

Estaba, pues, puesto el tráfico del incienso bajo la protección de un templo, y en cierto modo se hacía sin hablar, como aun en nuestros días se hace en dichas regiones la venta y compra del café.

Teofrasto dice que el incienso más agradable era el de la tierra firme, y el de mayor olor el de las islas vecinas, entre las cuales hay que contar la de Zuila, situada cerca de las costas de Etiopía, y hasta hoy habitada por los samalis, que continúan en posesión del tráfico del incienso.

La magnificencia de Tiro dejó un gran recuerdo en la memoria de los hombres.

Ezequiel la describe con un esplendor de expresión, acompañado de detalles precisos, que más tarde confirmaron los historiadores griegos.

«Vuestros vecinos, que os han construído, dice el profeta, no han olvidado nada para embelleceros. Han hecho todo el cuerpo y los diversos pisos de vuestros buques... Los sirios han expuesto á la venta en vuestros mercados perlas, púrpura y telas labradas, tisús, seda y toda clase de mercancías preciosas. Los pueblos de Judá y de Israel han mantenido también su comercio con nosotros y han llevado á nuestros mercados el más puro trigo, el bálsamo, la miel, el aceite y la resina. Damasco, en cambio de obras tan variadas y tan diferentes, os llevaba grandes riquezas, vino excelente y lanas de un color vivo y brillante... Dan y Mosel han expuesto en vuestros mercados obras de hierro, resinas y cañas de excelente olor... Estáis llenos de bienes y de gloria: jamás ciudad alguna se ha parecido á la vuestra.»

Todavía á Tiro, y á su lujo aluden otras palabras del profeta, que condenan sus excesos: «Tu espíritu te ha hecho adquirir riquezas; el oro y la plata se acumularon en tus cofres, gracias al extenso comercio de tu país. Por tu sabiduría ganas sumas grandes; tú habitas en un jardín de Dios, cubierta de pedrería, vestida desde tu infancia con telas preciosas; pero el tráfico te ha enriquecido con injustos bienes y te ha hecho culpable.»

Nadie, por otra parte, duda de que los tirios no hubiesen comprado esta grandeza á fuerzas de inteligencia, de habilidad y por una actividad tal, que justifica su prodigiosos triunfo.

Fenelón la pintó bajo estos aspectos favorables en su *Telemaco*.

No es menos cierto que el lujo y la disolución penetraron hasta el último exceso en Fenicia, convertida en depósito de todo lo que podía satisfacer las más refinadas necesidades.

Los extranjeros llevaron allí sus vicios y fueron luego á buscar todos los recursos de una corrupción siempre sabiamente preparada por sus huéspedes, por esas ciudades marítimas convertidas en punto de reunión de las naciones.

La energía militar, despertada por las necesidades de la defensa, no se debilitó tal vez jamás, á despecho del lujo, en esta raza de mercaderes astutos y acostumbrados á sufrir las fatigas del negocio.

Preciso fué que Nabucodonosor permaneciera trece años acampado delante de Tiro sin poder apoderarse de ella. Lucha tan prolongada y penosa, que, según expresión del profeta, «se habían hecho todas las cabezas calvas y pelado todas las espaldas».

Durante ese largo intervalo, los sitiados pudieron sacar sus riquezas de la ciudad y llevarlas á una isla vecina, destinada á servir para el emplazamiento de una nueva Tiro. El vencedor, irritado al ver que se escapaba de sus manos una presa tan rica y tan ansiada, destruyó la ciudad hasta sus cimientos y pasó al filo de la espada cuantos habitantes pudo encontrar. Esto sucedió seis siglos antes de Jesucristo.

CARACTERES DEL LUJO CARTAGINÉS.

Hija y digna heredera de esta soberbia «hija del mar», Cartago se elevó á los mismos destinos por vías en parte las mismas y en parte diferentes.

Dióse á la política mucho más de lo que Tiro lo había hecho, mezclando la política con el comercio.

Sirvióse de la fuerza en sus relaciones con sus propias colonias y con las otras naciones, como un medio para enriquecerse.

De aquí algo de violento y excesivo, que se siente constantemente en los resortes tendidos de esta administración inquisitorial y de esta política, más de una vez atroz, cuyo gran principio fué el terror.

Eso es sensible en el uso que los cartagineses hicieron de los impuestos de aduana, en los tributos que impusieron sin piedad á sus colonias bajo forma de productos naturales ó manufacturados, ó en dinero. Hicieron del comercio y de la banca un arte sabio, pero muy simplificado por los procedimientos rigurosos de aplicación.

Buscaron, con el apresuramiento que siempre ha distinguido á los estados mercantiles, la posesión de los metales preciosos. Diodoro y Polibio nos han transmitido importantes detalles sobre esas explotaciones de minas que ellos continuaron después de los fenicios ó supieron crear por sí mismos, y cuyo principal teatro fué España. Cartagena debió su existencia á esta explotación, poco más ó menos como hoy día la misma industria ha hecho brotar del suelo importantes ciudades en California y Australia.

Una parte considerable de esa plata debía convertirse en objetos fabricados, en vasos, en estatuas.

La plata se encuentra en todas partes. Encuéntrase en todos los muebles favoritos de esas ricas familias que fiaban á mercenarios el cuidado de defender la patria. Aparece en los utensilios, en los objetos de mesa, en los ornamentos, en los lechos.

Adorna los templos de sus feroces divinidades.

Sería necesario repetir lo que se ha dicho más arriba de los varios objetos del lujo de Oriente, para agotar la lista de las suntuosidades que afluyeron en esta metrópoli de las riquezas y de toda clase de refinamientos.

Civilización exterior, á la que nada falta más que el alma y la delicadeza, y que también carece de un arte original.

Sus artes no son, durante mucho tiempo, más que una reproducción más ó menos grosera de las formas fenicias. Las artes de Grecia debían luego penetrar en ella, pero siempre ejercidas por artistas griegos.

El arte, ó lo que tomó su nombre, no fué, pues, en esa república de mercaderes, más que el servidor del lujo.

Parece que este lujo fué tan completo cuanto era posible. Esta rica sociedad cartaginesa

tuvo con profusión todo lo que se puede imaginar para subvenir á su fausto y á sus placeres.

En el interior de las casas opulentas, ¡qué tapices más soberbios! El algodón figura en ellos como materia preciosa, que el arte del bordado y el variado esplendor de los colores enriquecen con un precio infinito. ¡Qué puesto tiene la pedrería en el uso como en el comercio! La *Calcedonia*, que ocupa el primer rango entre los onyx, saca su nombre de la misma Cartago: los cartagineses la sacaban del país de los garamantos, y hacían con ella copas y vasos.

El vino, las bebidas rebuscadas, figuran en sus suntuosos banquetes. Llevan muy allá el lujo de los caballos. Se les ve, con una mezcla de avaricia y de lujuria, ora vender á precios elevados, ora guardar las bellas africanas y asiáticas.

Hubo, sin duda, como un correctivo del enervamiento en el temperamento enérgico y ardiente del africano, y sobre todo en las costumbres activas del comercio marítimo.

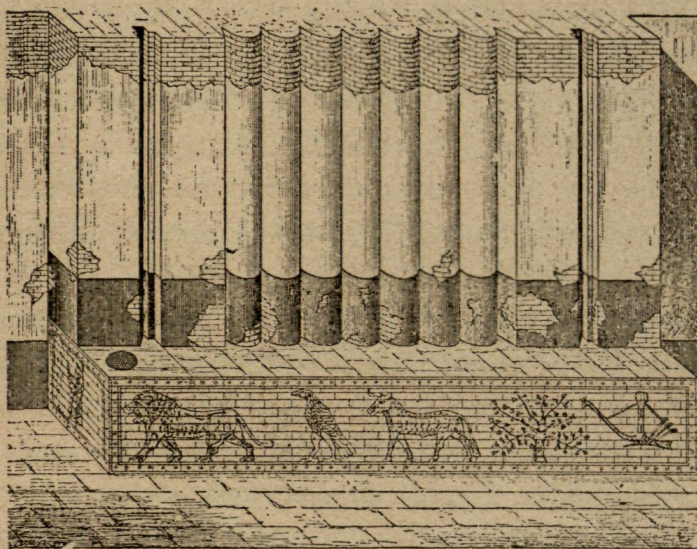


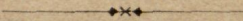
Fig. 215.—Decoración de una de las puertas del harem.

Los hombres, corrompidos por el lujo, supieron, como los tirios, mostrarse heroicos en la resistencia. El fiero genio, de Cartago, se mostró hasta el fin con una feroz energía.

Esta ciudad, que amaba el oro, el placer y la sangre, no se afeminó como la Lidia, por lo contrario, se endureció. Ese lujo, que compraba con los rudos trabajos de la navegación y con los rigores de un sistema colonial sin tregua, no le dió ni la delicadeza de las artes ni la elevación del pensamiento. No sirvió más que para hacer á esta raza más ávida de ganancia y más implacable. Así mandaba ahogar á todos los extranjeros que traficaban con Cerdeña.

Una previsión debía, sin embargo, faltar á ese espíritu cartaginés que lo había sometido todo á la ley de sus ásperos cálculos: se descuidó defender con un ejército ese lujo, tan á menudo adquirido al precio de inexorables exacciones, contra los ataques extranjeros. La venganza de Cartago, al caer, fué la de envenenar, digámoslo así, á Roma, su victoriosa rival. Cartago moría y con ella su fausto y su comercio, para no ser más que la sombra de sí misma.

EL LUJO AFRICANO MODERNO.



No me es posible abandonar á Africa sin indicar algunos rasgos de su lujo moderno; sin que mi pensamiento sea entrar en los detalles de ese lujo para cada uno de sus pueblos, no, me limitaré á caracterizarlo, para algunos grupos, por sus particularidades más salientes, y terminaré con la indicación más general de lo que constituye al lujo musulmán.

Los rasgos generales de ese lujo de las poblaciones africanas llamadas berberiscas, y de todos los grupos semibárbaros, se confunden con el lujo oriental por su brillo, y no se distinguen ni poco ni mucho, por el menor ó mayor grado, en sus refinamientos sensuales. Es un lujo menos corruptor, lujo de adorno y de representación, que adorna lo mismo al guerrero que á la muchacha, que alhaja la casa, sin motivar fantasías de mal gusto ni los excesos dispendiosos que á menudo han deshonrado nuestro Occidente. Considérese la aldea árabe y tal cual grande ciudad africana, como Túnez; los elementos del lujo son los mismos. En cierto modo puede decirse que el lujo está en todo, sin ofrecer en parte alguna una concentración comparable á lo que ofrecieron en el pasado ciudades como Tiro y Sidón. Precisa aceptar el Cairo y Alejandría; pero esos puntos de reunión de todas las clases del lujo asiático, africano y europeo, no pueden servir á caracterizar el Africa de una manera especial. El elemento morisco, que, por otra parte, se encuentra, podrá ser caracterizado de una manera más particular, á propósito de España, en otra parte de esta obra.

El lujo africano, en sus rasgos esenciales, lo encontraremos hasta en la tienda del árabe, del feroz beduino. Ese lujo se encuentra en la persona de los jefes, y no tiene su expresión mas que en el traje. Los cheiks llevan capas bordadas de oro. Las mujeres ostentan ornamentos que no difieren gran cosa de los de las ciudades civilizadas, excepto en la manera de llevarlos. Llevan anillos de plata, brazaletes y cadenas del mismo metal, y además mucha quincalla de vidrio: de esos adornos llevan algunos, como las mujeres salvajes, no sólo en las orejas, sino también en la nariz. Ese mismo lujo de adornos se encuentra con más elegancia y distinción en comarcas harto más desiertas. Es, desde ese punto de vista, por lo que puede decirse que en ese Oriente africano todo tiene su lujo, el hombre con sus trajes, la mujer con sus alhajas, el cielo y la tierra con lo que constituye el esplendor y la belleza. Su presencia se encuentra hasta en el seno del ardiente Sahara. No hace mucho que uno de nuestros más inspirados pintores, en la expresión de ese género de bellezas propias de África, un escritor de primer orden, por su talento descriptivo, encontraba y describía ese lujo africano hasta en la aldea de El-Kantara, que se le apareció en medio de un oasis de veinticinco mil palmeras. Nos da del mismo su color, iba hasta á decir la sensación, en una página que hace pasar por delante de nosotros la visión de la que otros sólo han descrito imperfectamente ó por oírlo decir. Esto escribió Eugenio Fromentin, en su obra titulada: *Un verano en el Sahara*:

«Esas palmeras, las primeras que yo veía; ese pequeño pueblo de color de oro, sepultado entre hojas cargadas ya de las flores blancas de la primavera; una joven que se acercaba á nosotros, en compañía de un viejo, con el espléndido traje rojo y los ricos collares del desierto, llevando una ánfora de gres sobre su desnudo muslo, esta primera muchacha, de piel rubia, bella y fuerte, de una juventud precoz; ese viejo abatido, pero no desfigurado, por una temprana vejez, hacían que el desierto entero se me apareciera de esta suerte bajo todas sus formas y bajo todas sus bellezas y emblemas; era por la primera vez una visión sorprendente. Lo que sobre todo había de incomparable era el cielo: el sol iba á ponerse, y doraba, empurpuraba y esmaltaba de fuego multitud de pequeñas nubes desprendidas de una gran cortina negra suspendida sobre nuestras cabezas y dispuestas como una franja de espuma á orillas de una mar inquieta; más allá principiaba el azul, y en la profundidad de los límites del horizonte, á través de desconocidas claridades, se apercibía el país celeste del azul. Subían calientes brisas, con no sé qué olores confusos y qué música aérea, del fondo de ese florido pueblo; los datileros, agitados dulcemente, mecíanse como rayos de oro en medio de las palmas, y en el tranquilo bosque se oía el rumor del agua mezclado con el del restregamiento de la misma con hojas, con el canto de los pájaros y el sonido de la flauta. Al mismo tiempo, un muezín que no veíamos se puso á cantar la plegaria de la tarde, repitiéndola cuatro veces á los cuatro puntos del horizonte, y de un modo tan apasionado, y con tales acentos, que parecía que todo callaba para escucharle.»

Ciertamente, esta descripción, que nos lleva á la escena que reproduce, que nos asocia completamente á lo que ve, á lo que siente el escritor que ha trazado una pintura tan original y verdadera hasta en el menor detalle, traspassa los límites del asunto que aquí tratamos; ¿pero no se siente la armonía que existe entre lo que adorna á la joven africana y todo ese cuadro resplandeciente, entre lo que brilla sobre el vestido y la persona humana, y todo lo que resplandece en el cielo y en la tierra en esta naturaleza aparte?

Si aquí tuviéramos, pues, que apreciar con una sola palabra ese lujo africano, en comparación con el lujo asiático—y no hablamos sólo de ese lujo elemental de la tribu árabe, sino del que se encuentra en Túnez, en los aposentos del bey ó de los grandes—¿no tendríamos que calificarle con esta palabra: la sobriedad? La sobriedad, junto algunas veces con ciertas tintas sombrías que convienen bien al áspero genio africano. Aquí, nada, como en ciertas suntuosidades indias, de monstruoso, de excesivo y de desmedido. Nada de esos esplendores desenfundados, de esas prodigalidades inauditas de colores brillantes. La misma Africa, con sus fastuosos excesos, muestra siempre una especie de gusto relativo, una inspiración más severa.

Esta inspiración, ¿de donde viene? De la religión. Sí; esas diferencias que acabamos de señalar dependen, no vacilamos en decirlo, de la diferencia de religiones mejor aún que del clima y del genio nativo. Allí el panteísmo, con su enorme panteón de dioses; aquí, la austera unidad divina.

Esto nos lleva á decir algunas palabras del genio musulmán en el lujo, genio exclusivamente monoteísta.

Él limita el lujo y le prescribe ciertas formas. Mahomet prohíbe representar la figura humana y á todo otro sér vivo. Esta prescripción ha tenido una decisiva influencia en el arte musulmán, como la misma prohibición de la Biblia en el arte hebreo, es decir, lo ha limitado. Esta prohibición aniquila de golpe la estatuaria y la pintura, sobre todo si á ello

juntamos la reclusión de la mujer. Cuentan viajeros que han contemplado, en el palacio del bey de Constantina, vistas de ciudades santas, sitios de plazas fuertes, en las que los combatientes no existían y en las que las piezas de artillería disparaban por sí solas. Nada, en efecto, más singular que esas batallas sin soldados y esos solitarios bombardeos. Vistas de esta especie son muy numerosas en Constantinopla. Una extravagante superstición fortifica todavía esa preocupación religiosa, y los musulmanes dicen á los artistas franceses, á quienes ven ocupados en dibujar ó pintar: «¿Qué responderás á esas figuras el día del juicio final, cuando te pidan un alma?» En Argelia muchos árabes tienen la creencia de que todo hombre de quien se ha hecho el retrato muere inevitablemente dentro del año.

La necesidad del arte, que siempre subsiste, se ha, pues, desarrollado entre los musulmanes en el sentido de lo ornamentación y del color; han aplicado su genio á la invención

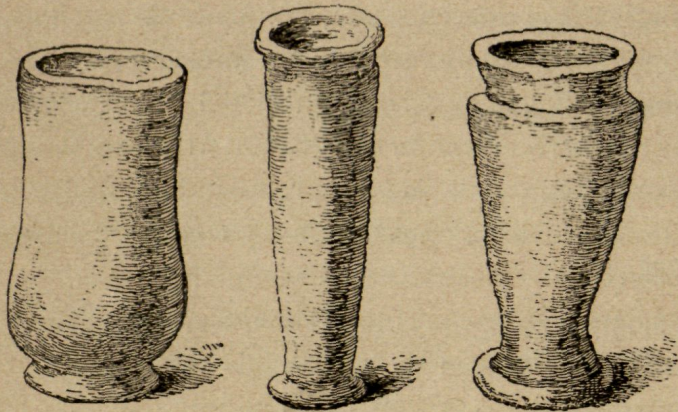


Fig. 216.—Vasos caldaicos del primer período.

de complicados arabescos. Los recordados estucos que plaquean los muros de la Alhambra, dan la idea de la elegancia y de la encantadora riqueza que el genio humano puede alcanzar con el auxilio de combinaciones de ángulos, cuadrados, óvalos, líneas quebradas, á todo lo cual solo se añaden algunas flores y las letras árabes. Privados del dibujo propiamente dicho, han adquirido los musulmanes una prodigiosa finura de colorido; nadie los ha ganado jamás en el arte de romper los matices, de

casarlos y contrastarlos. Yo he atribuído ese mérito al antiguo genio de Oriente, y, en efecto, su tendencia ha sido siempre esta; pero se ha mantenido y desarrollado de una manera singular bajo la prohibición que encierra el arte dentro de un campo determinado.

Por lo demás, la estrecha relación del lujo musulmán con la unidad divina, se manifiesta en la principal forma que ese lujo haya revestido, el templo, la mezquita, y hasta es exacto decir que el lujo está aquí todo entero en el exterior de la misma mezquita. La austera y desnuda grandeza del mahometismo, en su concepción teológica, rechaza de dentro del templo el exceso de los ornamentos. Nada, en efecto, más simple, y Allah parece reinar allí solo en su imponente majestad. El paraíso de las huríes, concesión hecha á las sensualidades asiáticas, prometidas á los futuros bienaventurados, no se le recuerda por signo alguno. Imagen humana alguna: la ornamentación geométrica, no expresando más que la idea abstracta; ¿en dónde está aquí el lujo? Nada más que en el color. ¿Puede darse lujo más brillante que el de las mezquitas y minaretes de las ciudades musulmanas?

Remontemos el curso de los tiempos: volvamos á la antigüedad, no aun á la Grecia; el genero de lujo y de civilización que nos llama se distingue profundamente de todo lo que precede y de todo lo que sigue. Nada tan original no nos ha ocupado hasta el presente.